

## **¿ADORAMOS AL MISMO DIOS?**

*Por Antonio Diego Duarte Sánchez.*

Es una expresión común que judíos, cristianos y musulmanes son creyentes monoteístas que adoran a un mismo dios desde distintas culturas y costumbres. El hecho de que la raíz territorial de las tres religiones esté en el ámbito semita no hace más que reforzar la verosimilitud de la afirmación anterior.

Pero, ¿es esto realmente así?. ¿Adoramos verdaderamente al mismo Dios?. Todos creemos que Yahvé, Dios y Alá no son más que distintas denominaciones para el mismo concepto: la Divinidad unívoca; vamos, como Girona y Gerona o como Ortega y Gasset. Tal vez la etimología nos pueda resultar de alguna ayuda.

Yahvé no siempre se llamó así; antes de que decidiera cambiarse el nombre era también conocido como Elohim. Casualmente, Elohim es el plural de dios y ello nos indica que las tribus primitivas debían tener una tradición politeísta. Cuando se afianzó el monoteísmo judío, el término Elohim estaba demasiado arraigado para obviarlo; se optó por ponerle un nombre propio: Yahvé Elohim, Yahvé, el Dios. También resulta plausible que la unión de ambos términos provenga de la unión de las tribus de Efraim y Judá y del sincretismo de sus deidades principales.

Dios, por su parte, tampoco se llamó Dios. Deus, Dius, Dyeu y Zeus fueron algunos de sus pseudónimos. Esto nos hace pensar en alguna clase de timidez congénita o de indecisión persistente, ¿o no?.

Nos queda el buen Alá o Alláh. Su etimología viene de la contracción árabe al-iláh, el dios. Al igual que Yahvé, sabemos que en la Arabia pre-islámica tuvo que compartir panteón en La Meca con otros cuyos nombres o epítetos asumió al convertirse en el único Señor.

Así que la etimología sólo nos da algunas indicaciones que resultan bastante inútiles. Pero tenemos el refranero español, siempre sabio y a mano, para sacarnos de apuros: "Obras son amores y no buenas razones". Atengámonos, entonces, a las obras de cada uno y ampliemos esta sección de teología zarrapastrosa con otra de psicología deductiva teológica.

Por riguroso orden de antigüedad, examinaremos las características conductuales de Yahvé, al que aquí llamaremos Yahvé para mayor claridad.

Los pobres judíos, desde que decidieron adorar a Yahvé como único dios, viven en un estado de temor permanente. He aquí que 613 preceptos hay que memorizar y cumplir: 248 obligaciones y 365 prohibiciones. No hay más que ver algunos pasajes del Pentateuco o Torá escrita para comprobar cómo se las gasta su divinidad: ¿Te comes una manzana?, te deshauca; ¿Vives en Sodoma o en San Francisco?, te quema la ciudad o te manda un terremoto. ¿Incumples algún mandamiento o ley?, te maldecirán en la ciudad y en el campo, maldecirán a tus hijos, a los terneros de tus vacas y a las crías de tus ovejas, padecerás maldición,

angustia y pánico y serás totalmente destruido. Se te pegará la peste, te herirá de agotamiento, fiebre, inflamación, calor sofocante, sequía, herrumbre y tizón. Te derrotarán tus enemigos, tu cadáver será pasto de las aves del cielo y de todas las bestias de la tierra, te herirá de locura, ceguera y delirio, serás un cornudo, te robarán, esclavizarán a tus hijos e hijas.

Hay más cosas que Yahvé te hará si eres judío pero infringes alguno de sus mandamientos. Sería de suponer que la compensación, para el campeón que logre pasar sus días en esta tierra sin desviarse ni un ápice de sus órdenes, será enorme. Pues no; básicamente, si lo haces todo bien, se limitará a que tengas muchos bienes en esta vida, que derrotes a tus enemigos y que los demás pueblos te teman. Una vez muertos, buenos y malos al se'ol, una especie de Hades para judíos.

No podemos menos que aceptar como normal que Yahvé exigiera que sólo se le adorase a él; con semejante carácter debió resultar imposible que este dios viviera en cualquier panteón decente.

Examinaremos ahora a Dios, a quien también llamaremos Dios, para no liarnos. Lo que conocemos de este dios se lo debemos a un carpintero judío que nació en tiempos de Augusto César y murió en tiempos de Tiberio César. Ha tenido bastante éxito hasta hoy, pese a que arrancó sus primeros devotos entre las clases humildes. Para empezar, y a diferencia de Yahvé o de los dioses greco-romanos, éste aseguraba una vida futura que podía ser mejor o peor en función de cómo nos portásemos en ésta. Como dicen en Gladiator: "Nuestros actos en esta vida tienen su reflejo en la eternidad", o algo así.

Además, se le podía llamar Padre (Jesús le llamaba papá, pero siempre ha habido clases) y, si no había vuelto muy cansado de trabajar, lo mismo te hacía caso y te daba alguna alegría que otra, ya en esta vida. Cuando se enfadaba contigo podía hacer que tuvieras dentera o mandarte a un basurero de las afueras de Jerusalén donde quemaban los desperdicios. Ésto último no le pareció muy disuasivo a las distintas Iglesias, así que convirtieron la gehenna en un infierno donde a uno le atormentaban eternamente. Si negabas la existencia del infierno en el más allá, te encerraban, te torturaban y/o te mataban; era evidente, si el infierno existía en esta vida... ¡¿cómo no iba a existir en la otra?!

Gracias a los tiempos que avanzan una barbaridad, hoy en día podemos decirnos cristianos en general y de buen rollete en particular. En la otra vida, como mucho, podemos suponer que no nos dejarán ver a Dios ni disfrutar de su felicidad..., más o menos como ahora, ¿no?.

Y llegamos a Alá. A Alá no le llamaremos de otra manera, que no está el horno para bollos.

Mientras que Yahvé desparramó a sus pocos seguidores (había que ser de una pasta especial para seguir a un dios así) por todo el mediterráneo, y Dios tuvo muchísimo éxito con la expansión de su culto (aunque tuvo competidores difíciles como Mitra e Isis, de los que aprendió mucho) en la figura del cristianismo, Alá

siguió en La Meca. Esta ciudad era un cruce comercial importantísimo; allí llegaban caravanas del oriente y del poniente, gentes que comentaban las noticias del orbe y cerraban sus negocios en los templos. Alá se enteraría así de cómo le iban las cosas a sus primos. Ecuánime como era, debió pensar que ni tanto ni tan poco. Una cosa era proclamar la igualdad de las personas humanas ante Dios y el amor universal ahora y siempre, y otra muy distinta que esto fuera jauja. Aprovechó la presencia de un caravanero bastante despierto por los alrededores y se decidió a llamar a Gabriel, su correveidile favorito.

"Gabi -le dijo- cópiate el libro éste que tengo aquí y se lo vas dictando a Mahoma de mi parte".

"Hombre, Señor, ¿y por qué no se lo doy directamente?"; respondió el arcángel ,mientras procuraba que las llamas de la espada no le chamuscaran las alas.

"Tú haz lo que te digo, que yo sé lo que me hago".

Alá puso buen cuidado en que Mahoma enseñara el amor entre los hombres (y las mujeres), que ya estaba bien de que los matrimonios se aguantaran para siempre si no se querían o si había infidelidad, que no se pasaran con el castigo a los homosexuales, asesinos, ladrones y gente así; pero dejando bien clarito que de perdonar hasta setenta veces siete, ni hablar. Que Él dijo que hermanos sí, pero primos no.

Alá alcanzó gran predicamento entre el vecindario de los alrededores, pronto se extendió entre africanos y asiáticos e incluso hizo incursiones en Europa. Alguna que otra prohibición, que no tenía gran importancia, sobre no comer cerdo o no beber vino (¡ésta si era importante!); a fin de cuentas, todos los dioses tienen algún capricho raro que imponen a sus adoradores.

Vistos así los distintos comportamientos del dios en que creen las tres religiones monoteístas, no tiene nada de extraño pensar que, en realidad, cada uno adora a una deidad, diferente de las demás, que se parecen entre sí como un huevo a una castaña.

O se podría pensar que Dios se ha ido comportando de forma sospechosamente humana: Caprichoso y cruel, al principio, da luego un bandazo y se olvida o se cansa de tanto castigo. Ya en su madurez, trata de poner las cosas en su sitio y que no se le vuelva a ir la creación de las manos. ¿Qué hará cuando llegue a la vejez?; igual le da por dejarnos a nuestros siete vicios y se compra un apartamento en Canarias...

*Murcia, a 5 de enero de 2006.*